

# ANDALUCIA O EL REGIONALISMO DE CLASE



JOSE M<sup>a</sup>  
GONZALEZ  
RUIZ

Muchas veces confundimos «objetividad» con «frialidad», y así nos parece imposible hablar objetivamente sobre personas e instituciones, a las que estamos ligados con lazos vivamente afectivos. Sin embargo, yo creo que el afecto —incluso la pasión— forma parte también de la objetividad del acontecimiento humano. Por eso, me atrevo a hablar del libro de un amigo tan entrañable, como Alfonso C. Comín.

Se trata de la serie titulada «El credo que ha dado sentido a mi vida», que yo mismo tuve el honor de inaugurar. Alfonso subtítulo su «credo» de la siguiente forma: «Fe en la tierra». Y yo sé que cuando él dice «tierra», no habla en abstracto de este globo terráqueo, sino de trozos entrañables donde se han desarrollado sus vivencias humanas y religiosas. Y uno de estos trozos pertenece a Andalucía. Es concretamente Málaga. Hablando de su estancia allí, juntamente con María Luisa, su mujer, dice expresamente:

«Más allá de las querellas con el poder eclesialístico y de las escaramuzas con el civil, la experiencia de Málaga —que fue ante todo la de una plena y entrañable convivencia con el mundo obrero, con el barrio, con los amigos— dejaría en nuestra vida una huella difícil de definir, de perfilar. Pertenece a lo más delicado de nuestras vidas. Casi a la intimidad. Confirmó convicciones, arraigó impulsos, nos abrió nuevas perspectivas sobre la historia del país. Me resulta difícil hacer ningún balance. Ni creo que sea necesario hacerlo. ¿Por qué? Sólo me atrevería a decir que si somos en cuanto arraigamos, raíces muy profundas me religan para siempre con Andalucía. Y no es una cuestión sentimental. Se trata de haber aprendido a mirar con otros ojos, desde entonces.»

Muchas veces los forasteros que vienen a Andalucía y ejercen en ella alguna tarea, creen que, para ser considerados plenamente como andaluces, tienen que aprender a sesear o cecear y a bailar un respetable flamenco.

Nada de eso. Más bien nos sentaría mal, si así lo pretendieran. Nuestro regionalismo no es específicamente cultural o folklórico, sino sencillamente de clase, Y me explico.

Paso por alto todas las disposiciones sobre qué es «nacionalidad»: creo que a estas alturas de 1975 deberíamos haber superado un planteamiento, ya anacrónico, que data de primeros del siglo XVIII. Efectivamente, desde entonces surge la figura nueva del Estado moderno omnipotente. No importa que el tal Estado se denomine democrático o totalitario. En todo caso, se trata de un nuevo gigante aparecido en nuestra historia moderna.

En la Edad Media existía ciertamente el Estado, pero entre él y los individuos había una serie de mediaciones que servían de colchón y evitaban que el Estado suplantara la responsabilidad de la persona. El Estado moderno es todopoderoso, incluso bajo el disfraz de la democracia. Los mismos partidos políticos, que funcionan en las llamadas democracias, no dejan de ser simplemente eso: «partidos», o sea fraccionamientos del Estado todopoderoso, en perpetua y constante rivalidad por la subida al poder y por su posterior monopolización. Y hay otra cosa además: el Estado puramente político no existe; es una quimera. El Estado es fundamentalmente y primordialmente económico; y en esto creo que el «materialismo histórico» es un instrumento imprescindible de análisis.

Bajando al problema andaluz, creo que el fenómeno de la «nacionalidad», tal como preocupa a otras regiones, no deja de ser muchas veces una anécdota que el verdadero «Estado» sabrá utilizar y manipular a su antojo.

De todo esto deduzco que el planteamiento sobre el pluralismo de las nacionalidades es totalmente secundario respecto de los intereses primordiales del todopoderoso Estado moderno: aquí lo que manda es el interés económico; y así veremos que los mismos que ayer «dijeron digo, hoy dicen «Diego». Sin embargo,

queda lo más fundamental: la lucha de clases, no ya a nivel de grupos socio-económicos plurigeográficos, sino a nivel de regiones como tales. Y en este sentido nosotros, los andaluces, nos sentimos colonizados y explotados por aquellos pueblos hispánicos que más se quejan de haber sido explotados por el poder central respecto de su «nacionalidad».

Y, precisamente por esto, creo yo, Alfonso Comín se siente profundamente religado a Andalucía y nosotros lo consideramos totalmente como andaluz, sin necesidad de otorgarle ninguna hipocrita condecoración. Él, con su actuación directa aquí en Málaga y con sus estudios profundos como «España del Sur», ha comprendido la verdad de nuestras aspiraciones regionales, o sea, el deseo de luchar para que Andalucía no sea, como tal, una región explotada y oprimida por otros grupos situados geográficamente fuera de sus fronteras.

Pero no hay que olvidar que Comín escribe un libro para dar cuenta —hacer una especie de «strep-tease»— de su vivencia religiosa. Y en este aspecto es curioso observar que su inserción en lo andaluz no fue absurdamente interclasista, sino decididamente partidaria de la elevación de la clase obrera y de la búsqueda de una sociedad sin clases; ello, lógicamente, le supuso fuertes fricciones con el vértice eclesial de la época (naturalmente, de importación) que, en nombre de una supuesta doctrina de la Iglesia, defendía a capa y espada un interclasismo de tonos paternalistas, que, como es lógico, no le permitió una integración en los cuadros de honor de nuestro inevitable «regionalismo de clase».

Aún más, podríamos decir que fue este «topar con la Iglesia» lo que verdaderamente produjo el éxodo de Alfonso Comín y, detrás de él, de tantos buenos elementos que emigraron desde Andalucía y desde la Iglesia a nuevos y desconocidos destinos.

¡Un éxodo que, desgraciadamente todavía colecciona...!